

glamento de Gregorio X para la elección de los Papas: al cabo de diez días y en el primero del cónclave, á 22 de octubre, fué elegido unánimemente el cardenal Boccasini, del orden de frailes predicadores, que tomó el nombre de Benedicto XI. Bonifacio había mostrado una energía necesaria; Benedicto mostró una suma dulzura, una prudencia enteramente evangélica, un golpe de vista certero y un espíritu justo. Miró como la cosa mas urgente apagar el incendio, absolvió al rey Felipe aun antes que este príncipe lo pidiera, revocó las bulas severas del último Papa, y por la mediación de Felipe revocó tambien las censuras fulminadas contra los cardenales Santiago y Pedro Colonna, pero sin permitirles volver á tomar la púrpura romana. Sin embargo, el 7 de junio de 1304 excomulgó á quince de los conjurados que se habian apoderado de la persona de Bonifacio; Nogaret estaba á la cabeza, y Sciarra Colonna está tambien entre los que se nombran en esa bula de excomunion. En ella hace Benedicto contra Anagni las imprecaciones del rey profeta contra las montañas de Gelboe, donde pereció Saul, el ungido del Señor; profecía que los acontecimientos justificaron durante mucho tiempo por las desgracias de esta ciudad (1).

Pero el orgullo de Felipe el Hermoso no le permitia ceder fácilmente á las favorables disposiciones que se habia adelantado á dar el pacífico Pontífice. No bastó á calmar su irritacion toda la prudencia de Benedicto, cuyo pontificado fué por otra parte muy corto para obtener el resultado apetecido, pues murió, dícese que envenenado, al cabo de ocho meses y medio, el 7 de julio de 1304. Despues de su muerte estuvo vacante la Santa Sede cerca de once meses á causa de la division de los cardenales en dos facciones

casi iguales, de las cuales la una queria un Papa favorable al partido de Bonifacio VIII, y la otra un Papa amigo de Felipe el Hermoso.

En este intervalo, Juan de Monte-Corvino, ocupado quince años habia en su ministerio de misionero en las regiones mas orientales del Asia, hizo llegar á manos de los religiosos de San Francisco sus compañeros una relacion, pidiendo la comunicaran al Papa y á los cardenales. Segun esta carta habia entrado primero en la India, y habia pasado mas de un año cerca de la iglesia del Apóstol Santo Tomás; esto es, en Meliapour sobre la costa de Coromandel, donde bautizó un centenar de personas. Murió en este lugar su compañero fray Nicolás de Pistoia, y fué sepultado en la iglesia. Quedó solo, y su valor arrojando todos los trabajos y riesgos, le hizo penetrar hasta el Catai; esto es, hasta las provincias septentrionales de la China, que no tomó este nombre hasta el año de 1516, cuando los portugueses la descubrieron. Parece que el proyecto de conquista formado sobre aquellas vastas regiones por Mangou, gran kan de los tártaros, cuando cedió el Asia occidental á su hermano Houlagou, le salió segun deseaba, ó al menos á otro de sus hermanos llamado Kublai, pues él murió al tiempo de dar el asalto á la plaza de Setcheum. Juan de Monte-Corvino penetró hasta la ciudad de Cambalú, hoy Pekin, donde el emperador de los tártaros tenia su residencia. Arreglándose al tenor de las cartas de Nicolao IV, de que fué portador, exhortó á aquel príncipe á abrazar el cristianismo; mas le encontró muy apegado á la idolatría, y no pudo conseguir abrirle los ojos; sin embargo, fué recibido de él con mucha bondad, y obtuvo innumerables beneficios en favor de los cristianos. Tenia plena libertad para predicar la fé. Edificó una iglesia en el mismo Cambalú, y aun puso una campana que tocaba á todas

las horas del oficio divino sin que nadie lo impidiera. El emperador se complacia algunas veces en oír cantar á los niños que el industrioso misionero habia enseñado por sí mismo, y que llevaban el coro con tanta armonía, que no era necesaria la presencia de su maestro. En los once años que llevaba de cultivar aquella tierra inculta, habia bautizado unas seis mil personas.

Añade en sus epístolas Monte-Corvino, que á no haber sido por la envidia y las invenciones calumniosas de los hereges nestorianos, hubiera hecho conversiones aun mucho mas numerosas. Estos obcecados hereges, espulsados tanto tiempo habia de las provincias romanas, buscaron al principio su refugio entre los persas, enemigos declarados de los romanos. Ganando desde allí sucesivamente terreno, especialmente con el favor de las incursiones y de las conquistas de los musulmanes, se adelantaron al levante por el centro del Asia. Dícese que habian penetrado en la China ó Catai, desde el sétimo siglo de la era cristiana; pero por lo menos eran allí muy poderosos en el tiempo de que hablamos: abusaron del afecto bastante general de los tártaros hácia los cristianos, para atraerlos á sus errores, ó mejor diremos á un fantasma de religion que no tenia mas que el nombre de cristianismo. Pero tanto mas intolerantes ó envidiosos cuanto eran mas ignorantes, no permitian que ningun cristiano que no fuera de su rito tuviera en el pais capilla ni oratorio alguno, y mucho menos que enseñara una doctrina diferente de la suya. Movieron duras persecuciones al misionero, le hicieron pasar plaza de aventurero que fingia ser enviado por el Papa; le acusaron de haber muerto en la India á un embajador encargado de regalos magníficos para el gran kan, y presentaron testigos falsos que aseguraron esta calumnia. Ultimamente, por la confesion de uno de estos falsa-

rios, reconoció el príncipe la inocencia de Monte-Corvino, llevado ya ante el juez, y á punto de ser condenado á muerte, y des- terró á los calumniadores con sus mugeres é hijos.

Juan de Monte-Corvino no dejó de convertir, desde el primer año de su mansion en el Catai á un rey vecino llamado Jorge, oriundo de la familia del Preste Juan. Este príncipe abjuró públicamente el nestorianismo para abrazar la fé católica; despreció los clamores de los sectarios que le acusaron de apostasía, y tuvo tan en poco todos los respetos humanos que quiso recibir las órdenes menores, y tenia por gran gloria ayudar á misa revestido de los ornamentos reales. Convirtió una gran parte de sus súbditos, é hizo edificar en honor de la Santísima Trinidad una espaciosa iglesia, á la que dió el nombre de iglesia romana. Su piedad no se desmintió jamás; pero habiendo muerto seis años despues, redujeron otra vez los nestorianos á su heregia á la mayor parte de aquellos que habian tenido la dicha de separarse de ella.

Dejó un hijo de edad de nueve años, en quien el misionero fundaba grandes esperanzas, como igualmente en la fé constante de una multitud de tártaros. Por esto pedia con instancia que le enviaran operarios celosos, que fuesen no tanto muchos, quanto bien escogidos, y que se dirigieran al adelantamiento de la obra de Dios, mas bien que á hacerse valer á sí mismos. Permaneció este asunto suspenso durante la vacante de la Santa Sede, y todavia algunos años despues, hasta que el nuevo Papa Clemente V hubo logrado salir de los embarazos inevitables en las circunstancias críticas en que ascendió á la Cátedra de San Pedro. Entonces este Pontífice encargó al general de los frailes menores eligiera siete religiosos de su orden, eminentes en virtud y letras, para enviarlos á Tartaria. Antes de s-

(1) Hist. de l'Eglise gallois, t. 35.



partida fueron consagrados obispos y á su llegada debían consagrar á Juan de Monte-Corvino por arzobispo de toda el Asia oriental, y permanecer ellos sufragáneos suyos, al menos en parte, pues era muy probable que algunos de estos obispos misioneros debieran pasar á Etiopía. Juan de Monte-Corvino, segun otra carta que hizó llegar á Europa algun tiempo despues de la primera, habia recibido enviados de aquellos pueblos, que le pedian que fuera á ellos, ó les proporcionara otros buenos ministros del Evangelio. Desde el tiempo del Apóstol San Mateo y de sus discípulos, no tuvo esta nacion, decia Corvino, ninguno que la instruyera, y creia en Jesucristo sin apenas conocer los principios de la fé y de la moral cristiana.

Clemente V, antes Beltran de Got, nombrado arzobispo de Burdeos por el Papa Bonifacio, fué elegido en Perusa en 5 de junio de 1305; dió su consentimiento público en su iglesia catedral el 22 de julio siguiente, y fué coronado en Lyon el día 14 de noviembre del mismo año. Habia nacido en la misma diócesis de Burdeos de una familia ilustre entre la nobleza del pais, y su nombre era muy conocido mas allá de los Montes donde habia tenido un hermano cardenal obispo de Albano, célebre por sus legacias. Furiosos los italianos contra este Papa, el primero que, segun las espresiones del Petrarca, prefirió las rústicas riberas del Ródano á las felices orillas del Tiber, se han encarnizado como á porfia en infamar su memoria. El historiador Juan Villani, aunque bastante moderado y ordinariamente prudente, cayó acerca de este punto en las fábulas y ficciones mas pueriles. Cuenta seriamente que Clemente, dedicado á la magia, quiso saber de acuerdo con un famoso nigromántico la suerte de uno de sus sobrinos que murió cardenal; que uno de sus capellanes hizo para esto el viage á los in-

fiernos, donde vió una cama de fuego, y en ella al cardenal sobrino por delito de simonia, y que se estaba edificando al propio tiempo un palacio también de fuego que se le dijo estar destinado para el Papa.

Admira que despues de estos escesos de ódio, que rayan en delirio, contra Clemente, no solo el torrente de autores italianos, sin exceptuar á San Antonino, arzobispo de Florencia, sino tambien algunos historiadores franceses, como Espondano, Pagi, Dupin, Alejandro, Daniel y Fleuri, hayan todos copiado ciegamente los seis artículos simoniacos que Villani supone haber concedido el arzobispo de Burdeos á Felipe el Hermoso, con intento de elevarse al pontificado; pues el dicho de todos estos autores estriva tan solo en el del antiguo cronista de Florencia (1). Es tan manifiesta la cosa en cuanto al mismo San Antonino y á muchos modernos, que á imitacion de Villani, poco versado, segun lo demuestra por esto, en lo relativo á la persona de Clemente, le llaman Ramon de Got, en lugar de Beltran. Tan cierto es que ni aun los escritores mas famosos deben sujetarnos de suerte que, al lo menos en los hechos distantes del orden comun, no debamos observar con discernimiento, asi el origen que han tenido, como los demás monumentos que puedan haberse escapado á su precipitacion ó á su preocupacion. Acerca del artículo de que se trata tenemos cinco historiadores de Clemente V, y muchos autores que son nada menos que sus panegiristas, y que lejos de garantarnos la historieta de Villani, nos presentan al contrario la eleccion de Clemente, segun la pinta la bula de los cardenales electores, como una operacion muy sencilla y arreglada á las formas acostumbradas.

Con todo, en la coronacion de este Papa sucedió un accidente extraordinario, que hizo inferir augurios siniestros. Al pasar

(1) V. el Disc. prel. tom. 13, *Hist. de l'Egl. gall.*

por lo largo de un viejo muro que se desplomó con el peso de la multitud de concurrentes de que estaba cargado, el Pontífice y el rey Felipe que le acompañaban en su marcha, corrieron peligro de perder la vida. Fué herido Carlos de Valois, hermano del monarca, y el duque de Bretaña quedó muerto con otras doce personas. Habiendo sido el Papa derribado del caballo, y cayendo por tierra la corona que llevaba en su cabeza, no dejó el pueblo de dar rienda suelta á su fantasía: pero esta interpretacion despreciable no tiene de comun con la historia de Villani mas que la malignidad ó la inconsideracion que fueron el principio de una y otra.

Como el nuevo Papa en vez de ir á Roma despues de haber recibido la bula de su eleccion, citó á los cardenales á Francia para la ceremonia de su coronacion, Rosso de Ursino, decano del sacro colegio, conoció al punto la intencion de Clemente de fijar su domicilio en aquel reino. «Habeis conseguido vuestros fines, dijo al cardenal Prato que influyó mucho en la eleccion del Pontífice. Sin duda muy en breve veremos el Ródano; pero si yo conozco bien á los gascones, tardará mucho tiempo el Tiber en volver á ver Papas.»

Ya fuera para preparar los ánimos á este proyecto, ya porque lo difícil de las circunstancias hiciese necesaria en Francia la presencia del nuevo Papa, durante los cuatro años que se pasaron desde el principio de su pontificado hasta el establecimiento de su residencia en Aviñon, recorrió, casi sin interrupcion, las diversas provincias del reino, despachando sin embargo una multitud de negocios con la actividad y destreza que se admiraba especialmente en él (1). Uno de sus primeros cuidados fué eximir su antigua iglesia de Burdeos de la jurisdiccion

de los obispos de Bourges, que pretendian los derechos de primacia sobre esta Silla, como sobre toda la Aquitania. Luego hizo una promocion que justificó el juicio del cardenal Ursino sobre la predileccion de este Pontífice respecto á su patria. De nueve cardenales que creó á un tiempo, solo hubo un extranjero, Tomás de Jorz, inglés, confesor del rey Eduardo: los ocho restantes eran franceses.

Despues de pasar en Lyon lo mas fuerte del invierno, á principios de febrero de 1306 quiso volver á Burdeos. Primero fué á Cluny, donde descansó cinco dias, y causó bastante gravámen á aquellos religiosos, pues á mas del gasto considerable que ya les causaba con lo amigo que era de la magnificencia, tenia nueve cardenales consigo y una comitiva proporcionada de oficiales subalternos y de criados de toda especie. En Macon, Nevers, Bourges, Limoges, Perigueux, por donde pasó sucesivamente, é hizo alguna mansion antes de llegar á su término, se quejaron, no solo de su fausto que le hacia exigir grandes sumas de dinero de las iglesias y monasterios, sino tambien de la avaricia y de las exacciones de su comitiva. De paso hizo citar al arzobispo de Cantorbery, denunciado á la Santa Sede por el rey Eduardo como perturbador del reino y fautor de las rebeliones que le habian agitado. Compareció en Burdeos el prelado inglés, donde el Papa le suspendió de sus funciones hasta que se sincerara de las acusaciones intentadas contra él.

Por el mismo tiempo Eduardo pidió á Papa y obtuvo por dos años, con pretexto de servicio de la Tierra Santa, el diezmo de las rentas eclesiásticas de su reino que fueron empleadas en otros usos. Por su parte los obispos de Inglaterra pidieron disfrutar por un año de los réditos de las primeras vacantes en las iglesias de sus diócesis

(1) *Gall. Christ. tom. 1, pag. 219.*



mas este paso poco reflexionado se volvió contra la codicia misma que los indujo á darle; pues el Pontífice formó de aquí el plan de las annatas. Desde entonces se apropió las rentas del primer año en todas las iglesias que de allí á dos años vacaran en Inglaterra, obispados, abadias, prioratos, prebendas y curatos, hasta los mas reducidos beneficios (1).

Con todo, á principios del año siguiente, al salir de una peligrosa enfermedad que le habia sugerido serias reflexiones, se esforzó en remediar los abusos de las encomiendas. Desde Pressac, cerca de Burdeos, á donde habia ido á tomar los aires para recobrar sus fuerzas, espidió una bula (2) en que decia, que las instancias importunas de los principes y de algunas otras personas de distincion, tanto eclesiásticas como seculares, habian inclinado abusivamente al Gefe de la Iglesia á poner en encomienda los obispados y monasterios, á pretesto de custodia ó administracion, bien por toda la vida de los comendadores, ó bien por tiempo mas limitado. Mas nos hemos convencido, prosigue, de que se olvida enteramente el cuidado de estas iglesias; de que sus bienes y sus derechos se van destruyendo todos los dias, y de que las personas que dependen de ellos sufren un grave perjuicio, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Y por cuanto lo que debia serles de provecho ha venido á serles dañoso, revocamos y anulamos absolutamente todas estas especies de comisiones, sean quienes fuesen las personas á quienes se hayan conferido, sin exceptuar á los cardenales (1307).

Estando todavia Clemente V en Pressac, convidó al rey Felipe á pasar á Poitiers á conferenciar con él sobre materias delicadas que debian tratar juntos. En efecto, tuvie-

(1) Thomass. *Discipl.* tom. 3, pag. 793.

(2) *Ball. an.* 1307, n. 28; *Extrav. Com.* de praed.

ron la conferencia en aquella ciudad, poco despues de Pentecostés, que en este año de 1307 fué en 14 de mayo. Quedó en ella concluida la paz entre Francia é Inglaterra, que era uno de sus principales objetos, y tan bien afirmada, que subsistió á pesar de la muerte de Eduardo I, el cual en 7 de julio del mismo año acabó su largo y glorioso reinado de treinta y cuatro años. Tuvo por sucesor al único hijo que le quedó, y que fué llamado Eduardo II, sin embargo de que se contaban ya dos Eduardos que habian reinado en Inglaterra; mas fué antes de la conquista de los normandos.

Los procedimientos que Felipe el Hermoso habia determinado hacer contra la memoria de Bonifacio, eran un proyecto mucho mas delicado aun, y que indicó ya á Clemente al tiempo de su coronacion en Lyon. Acababa el rey de señalar contra los judíos la política injusta y cruel que le inspiraba proyectos de esta naturaleza. Este príncipe, llamado monedero falso por haber autorizado la alteracion de la moneda, en vez de refundir la ya muy gastada y de mala ley, como le habia advertido y pedido el Papa Bonifacio, imaginó satisfacer á sus súbditos á espensas de los judíos á quienes se acusaba de impiedad y de usura pública y notoria. En un mismo dia (22 de julio de 1306) fueron presos los judíos en toda la estension de la Francia con secreto tal, que aquellos desgraciados apenas tuvieron mas aviso, por decirlo así, que el que les dió el ruido de las cadenas preparadas contra ellos. Todos sus bienes fueron confiscados, reservando tan solo lo que necesitaba cada uno para salir de Francia, donde bajo pena de la vida se les prohibió volver á entrar. Recibieron algunos el bautismo, y permanecieron en ella; pero todos los demas evacuaron el reino en el discurso de los meses de agosto y setiembre, y con tal precipitacion murieron en el camino mu-

chisimos de cansancio, de miseria y mas aun de pesadumbre.

Mas enfurecido aun Felipe contra Bonifacio que contra los judíos, pretendia hacerle desenterrar con ignominia, reducir á cenizas los restos de su cadáver, é imprimir en su memoria una eterna infamia. En este tono habló del particular en la conferencia de Poitiers, y estrechó fuertemente al Papa á que consintiera en ello, ofreciendo la prueba de los delitos que merecian este trato inaudito. Horrorizáronse Clemente y sus cardenales al oír esta proposicion. Aquellos mismos que habian tomado el partido del rey contra Bonifacio, aunque revestidos de la púrpura por este Pontífice, temieron que, si fuera declarado Papa intruso, vendrian á perder su dignidad. Era de este número el cardenal de Prato, hombre fecundo en recursos y en espedientes. Por su consejo, Clemente, que era tambien muy hábil, particularmente en sacar partido de los hombres y de las circunstancias, tomó la resolucion de dilatar el negocio y de dar al furor del monarca tiempo para amortiguarse.

Contestóle que la precipitacion en aquellas circunstancias, no solo podria alterar la union y amistad establecidas por espacio de tanto tiempo entre la Iglesia romana y sus generosos protectores los reyes y la nacion de los franceses, sino que para llenar mejor las miras del rey y hacer justamente odiosa la memoria de Bonifacio, era indispensable que la prueba de sus delitos se hiciera con toda la autenticidad posible y en un concilio general, necesario por otra parte para estos asuntos de primer orden. Se celebrará este concilio fuera de vuestros dominios, añadió Clemente, pero inmediato á ellos, en Viena en el Delfinado; á fin de que las otras naciones no conciban sospechas poco ventajosas á vuestra equidad y á vuestra piedad.

No se acomodaba á este partido la impaciencia de Felipe; mas era muy plausible para poder desecharlo decentemente. Por lo demás, el Papa le concedió tantas otras gracias, le hizo tantas promesas, y sobre todo las sazonó con señales tan lisongeras y persuasivas de estimacion y de un cordial afecto, que el rey sobreesayó en sus procedimientos y convino en esperar al concilio general (1). Desde entonces y sin ninguna dilacion, el Pontífice revocó y declaró sin valor, mediante una bula en forma, todas las sentencias de excomunion, de entredicho y de otras penas fulminadas contra el rey y su reino, contra los denunciadores y acusadores de Bonifacio, contra los preladados, barones y otros cualesquiera franceses, contra sus confederados, fautores y adherentes, de cualquier estado y condicion que fueren, desde el principio de la contienda entre Bonifacio y Felipe. Ya habia dado el Papa Clemente, con fecha de 1.º de febrero del año anterior (1306), dos bulas en favor del rey (2). Revocaba en la una la constitucion *Clericis laicos*, con las declaraciones hechas en su consecuencia; y esto, decia, á causa de los inconvenientes y escándalos que habian producido y podian aun producir. Por la otra declaraba la constitucion *Unam Sanctam* incapaz de inferir perjuicio alguno al rey ni al reino de Francia, ni de hacerles mas dependientes de la Iglesia romana de lo que estaban antes; ordenando que todas las cosas permanecieran en el pie antiguo, así respecto de la Iglesia como del rey, de su reino y de sus pueblos. Esta bula de Clemente insertóse luego en el cuerpo del derecho (3). Finalmente, por la bula dada en la conferencia de Poitiers, el Papa Clemente absolvió á Guillermo de Nogaret que habia

(1) *Rain. ann.* 1307, num. 1.

(2) *Extrav. com. de privil. cap. Meruit.*

(3) *Rain. ann.* 1307, num. 10.